

El oro del águila

Carlos Ocampo

El Día, 26 de septiembre, 1992

Pilar Medina optó, en esta ocasión, por la sobriedad extrema: ninguna escenografía entorpece el movimiento; mínima cantidad de objetos escénicos usados con mesura; la mayor concentración posible en el desempeño dancístico, el diseño coreográfico y los recursos expresivos del vestuario. En medio de un proscenio ascético, pintado de negro, sólo la luz acompaña a la bailarina.

Aunque cabría precisar, la luz, cierto, pero también el aire.

Éste es un elemento fundamental para el desempeño dancístico de Medina. Ella bate el aire con las manos, con los dedos extendidos, con el vuelo de sus faldas, con el arco de sus brazos. El aire la contiene y la soporta, la vuelve materia ingrávida o la vence. Al aire le habla, le murmura, le canta, le dice frases en clave secreta. El aire se tiñe con la luz, transporta el estruendo del zapateado o los acordes musicales que templan sus coreografías.

De tal manera que aire, luz, música, sonido, vestuario y un cojín de pétalos de rosas rojas, constituyen el equipo del que se vale Medina para interpretar El águila dorada. Con esta obra, la artista se ocupa, a la vez, del mito y de la vida íntima. Dividida en seis secciones separadas entre sí por cambios de iluminación y modificaciones en la textura e intensidad de la banda sonora, la obra coreográfica describe, de manera simultánea, los cambios por los que atraviesa un animal mítico y el itinerario de una búsqueda personal. Estas mutaciones significan, sobre todo, un progresivo cambio de piel. La metamorfosis se expresa en los sucesivos desprendimientos de vestuario y en la renovada criatura que emerge de éstos.

El águila de Medina es ave de vientos que desciende con gravedad; ave nocturna y terrena que revolotea en la atmósfera añil de la madrugada; ave inmersa en el fulgor religioso que la sumerge en sí misma; ave que oficia su propia inmolación y se cubre de pétalos sangrantes, corazones extraídos con las propias garras; ave que renace en medio del pozo erótico del cuerpo recuperado; finalmente, ave que, libre al fin, funda un imperio nuevo.

Si este recorrido responde a ciertos elementos de la cosmogonía mexicana que encuentran sus puntos de convergencia con el cristianismo, la coreógrafa se ha alejado de las tentaciones y elude una descripción literal. Iconoclasta, se vale de estos fundamentos mitológicos para elaborar una metáfora de la búsqueda interior, del descubrimiento de sí y de la reapropiación del ser íntimo. Si obra consigue una síntesis cabal de símbolos culturales y de emoción individual.

Ella elige algunos gestos del águila, con unos cuantos trazos certeros la convocan al escenario evitando la servidumbre realista. El águila es un vehículo para que Medina ahonde, de nuevo, en la exploración de la emotividad humana.